

## Miguel Ángel Sierra

**E**s obvio que me hago viejo y no necesariamente más sabio. Por esto cada vez entiendo menos los nuevos hábitos y costumbres de esta profesión que elegí hace más de cuarenta años. He tenido el privilegio de empezar mi trabajo como científico en un desierto económico e intelectual, para, poco a poco, ir viendo cómo a mi alrededor se alcanzaban cotas científicas cada vez más altas. En su momento nos atrevimos a soñar con parecernos a aquellos países civilizados en los que la ciencia se respeta y se valora. Y eso lo hemos hecho en un sistema que, mejor o peor, ha funcionado: la revisión por pares en las revistas científicas.

Ahora no entiendo nada. Hubo un tiempo (ya hablo como un abuelo) en el que se enviaba un artículo y el resultado, fuese positivo o negativo te ayudaba a seguir adelante. Recuerdo mi primer artículo independiente (¡llevaba yo la estrella!). Era un, hoy en día, pobre *Organometallics* (la revista de referencia en Química Organometálica ya no cuenta en la mayor parte de los sistemas de evaluación y, ni que decir tiene, está muy lejos de la élite de las revistas plus plus, triple star etc., pero con 29 años en 1989 podéis imaginar que me hizo más ilusión que muchos otros artículos que publiqué después). Pero eso no es lo importante. Lo importante eran las críticas razonadas y los comentarios razonables de los *referees*, incluyendo unas correcciones, comentarios y consejos (sí, consejos, no estoy bromeando) de Dietmar Seyferth (fundador y editor de *Organometallics* durante muchos años, además de ser uno de los padres de la Química Organometálica moderna). Nada menos que el editor de *Organometallics* corrigió y comentó un manuscrito de un mindungí. Mi amiga y coautora del artículo, Gema Domínguez (hoy catedrática) lloró de emoción.

Qué diferentes eran las cosas entonces. Hoy en día te devuelven un manuscrito con dos líneas en las que se indica “el manuscrito no contiene química de interés para los lectores de esta revista”. Y eso te lo dicen en menos de una hora desde que mandaste el artículo (me consta que el record del país está en 17 minutos). Las oficinas editoriales deben estar formadas por inteligencias superiores capaces



de leerse 30 páginas de manuscrito y tomar una decisión en menos de 30 minutos.

Fíjate por dónde, yo no lo creo. Echad un vistazo a los editores que reciben y manejan vuestros manuscritos y que deciden si estos pasan a los editores *senior* (en algunas revistas) o a *referees* en otras. Salvando muy honrosas excepciones, ninguno de ellos tiene una experiencia en investigación más allá de un posdoc y, en muchos otros casos ni siquiera son doctores. No hablo por hablar. Los currículos de estos editores junior están en la web a vuestra disposición en muchos casos, y yo por mi trabajo en *Anales de Química* y en *EurJOC* conozco personalmente a muchos de ellos.

No revelo ningún secreto de estado si además digo que muchas de las decisiones a ese nivel se hacen con ayuda de un ordenador con programas “ad hoc”, que buscan perfiles de citas de los autores, palabras clave, etc. (algo que por cierto no se hace con el trabajo de muchos políticos).

¡Vale! Admito que soy un tarra y que no entiendo que esta es la forma más eficiente de manejar la marea de ma-

nuscritos que a diario recibe una revista de calidad (otro día hablaré de la marea roja y de las revistas depredadoras, ahora no es el momento). Para que el presidente de la RSEQ no me abronque otra vez, no voy a usar palabras soeces. Diré solo que mira que escuece que alrededor de tres años de trabajo se resuman en un “no interesa”. ¡Hay que ...!

Pongámonos en el caso fantástico en el que los editores *junior* pasan tu artículo a un editor *senior* y éste decide mandarlo a referenciar. ¡Alegría! Hasta que recibes dos críticas: una dice que el artículo es fantástico, el segundo que es impresionante, pero para un público especializado, y ¡ay amigo! llega el tercer *referee*. En tiempos de San Benito antes de leer esa crítica se diría *vade retro satana*. ¡El tercer *referee*! Qué decir que no se haya dicho ya. Poderoso como un dragón, implacable como la parca, incisivo como el acero toledano al copiar los argumentos del *referee* que duda del interés general del artículo. Recomendando el “meme” en el que Hitler recibe una crítica de un artículo que ha enviado. No voy a hacer spoiler pero es magistral<sup>1</sup>. Lógicamente, lo habitual es que el tercer *referee* se cargue el artículo. Hubo un tiempo en que los editores decidían qué artículos publicaban y cuáles no y solo en contados casos se recurría al tercer *referee*. Hoy son los *referees*, incluyendo el tercero, los que deciden. En mi caso he llegado al absurdo de que el editor *junior* envíe a un *referee* un artículo en el que se había cambiado solo el estilo de una frase. Algo esencial para el contenido científico y la calidad del mismo, eso seguro.

Dicho sea de paso, hubo un tiempo en que una comunicación tenía como mucho 10 ejemplos. Hoy no se publica ninguna comunicación con menos de 25 ejemplos. Eso sí, hemos vuelto al síndrome descrito por primera vez por Hegedus en 1987 (metilo, etilo, isopropilo e inutilo)<sup>2</sup>. Un daño colateral de la marea roja. Que pensarían Sir Robert Robinson y Robert Woodward cuando fundaron Tetrahedron Letters si vieran a los absurdos a los que estamos llegando en las comunicaciones.

Los problemas por los que pasa el sistema de *peer review* son muy serios. Elsevier está inmersa en una investigación sobre la “coercive citation”<sup>3</sup>. La nueva política de *Open-Access* ha llevado a perlas como “no se tendrá en cuenta en las evaluaciones la calidad o el índice de impacto de las revistas”. Este tema apareció en el número de julio de *Anales de Química*. ¿Cuál es el origen de todo esto? ¿La promoción de los investigadores a nivel mundial usando los benditos índices bibliométricos sin más? ¿El beneficio monetario que en algunos países se consigue publicando? ¿El publicar no por la calidad del artículo si no por su impacto mediático (lo que ahora se llama “*altmetrics*”, que dicho sea de paso, además de aco... perdón, atemorizar, nadie ha sabido explicarme muy bien qué es)? No lo sé.

El tener toda la información del mundo a unos pocos clics de ordenador hace que, probablemente, el sistema tradicional de revistas, *peer review*, editores de renombre (no máquinas de manejar artículos), esté tan obsoleto como el papel, las plumas y el panel de expresión vertical (o pizarra para los más viejos). Pero hasta que alguien descubra una forma diferente de garantizar la fiabilidad de los resultados científicos que se publican, solo una petición y un ruego: Cuando hagáis de *referees* no tiréis por la borda un artículo, por muy malo que sea, con un comentario de dos líneas. Es imprescindible comentar, corregir lo que está mal y aconsejar. Por eso el sistema de *peer review* está en crisis. En una semana hay que emitir una opinión sobre algo que merece meditar y eso no es posible. Calidad y prisa solo están permitidos en ciertas ocasiones. Sin duda el sistema de *peer review* no es lo mejor, pero parafraseando a Johnnie Rico en *Starship Troopers* “valdrá hasta que se encuentre algo mejor o muera”.

MIGUEL Á. SIERRA  
Editor General de *Anales de Química*

<sup>1</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=VRBWLpYCPY>

<sup>2</sup> Hegedus, L. S. *Angew. Chem. Int. Ed. Eng.* **1988**, *27*, 1113-1226.

<sup>3</sup> *Nature* **2019**, *573*, 174.